

blaba á muerto por la república. Parejas con este incendio y con las mas salvajes escenas del combate que se sostenia en tan sangrienta arena, corrieron las luchas que en la península pirenaica hubieron de probar á la nobleza cuánto debilitaba la fuerza de las armas romanas su indiferencia hácia la decadencia de la clase escogida de los labradores del territorio romano.

XIV.—GUERRA LUSITANA. VIRIATO. MUERTE DE VIRIATO

Con efecto, en España la sangrienta semilla del infame Galba habia producido abundantes frutos. Las dificultades de la última guerra contra Cartago habian sido causa de que en Roma se olvidase en cierto modo la lucha de España. Los lusitanos, irritados por la crueldad de Galba, habian podido reanudar sus expediciones de rapiña contra los ricos cantones turdetanos. El gobernador romano Cayo Vetilio (147 á 146) habia conseguido, no solo derrotar por completo á un ejército lusitano de 10,000 hombres que devastaba la comarca del Bétis, sino acorralarlo muy de cerca en una colina: la falta de víveres estaba á punto de hacer capitular á los lusitanos, cuando les disuadió de su intento el héroe que, desde aquel momento y por espacio de largos años, habia de ser el temible enemigo de Roma. Era Viriato, que con grandes trabajos habia logrado escapar de los verdugos de Galba: pastor y bandolero, su personalidad como jefe guerrillero y como general es una aparicion como las muchas que se ofrecen durante el transcurso de los siglos en el suelo español é hispano-americano entre las clases de los pastores, monjes, arrieros, contrabandistas y corsarios. Advirtió á los lusitanos que no confiasen en la palabra infiel de los romanos y les prometió salvarles de la muerte si se ofrecian á seguirle. Su palabra arrastró á aquel puñado de valientes que le aclamó su jefe, y Viriato dió entonces la primera prueba de sus importantes dotes para el mando, pues facilitó una salida á los bloqueados, resistió felizmente y con solo 1,000 caballo á los romanos durante dos dias, y les atrajo astutamente á una emboscada, en la cual perecieron 4,000 legionarios y con ellos sus generales, pudiendo apenas llegar á Carteya la mitad del ejército romano. Durante mucho tiempo Viriato desplegó, enfrente de los romanos y de sus aliados españoles, su brillante talento como general de un audaz pueblo montañés, en el cual se encontraban reunidas la sobriedad, la astucia, la sutileza, la casi invencible rapidez de movimientos, la incansable elasticidad de cuerpo y de espíritu y la audacia caballeresca, todo lo cual habia de suplir á la preponderancia que hasta entonces habian dado á los romanos la superioridad numérica de sus fuerzas, la educacion táctica de las mismas y la propia experiencia, cuando sus caudillos no sobrepujaron á los hombres comunes procedentes de las filas de la nobleza. Los rápidos ataques y las astutas emboscadas que en el teatro de la guerra prepararon los lusitanos, fueron uno de los mejores medios de que se valió el temido héroe. Además, Viriato, que despues de vencer á Vetilio consiguió derrotar á los 5,000 milicianos belés y titeos que iban al auxilio de éste y conservó la España occidental hasta la comarca carpetana (al Noroeste, Norte y Este de Toledo), supo, con su sencillez, con su amabilidad y con su noble heroismo, animar á los lusitanos, que le proclamaron su rey, á llevar á cabo las mas audaces empresas.

Los romanos hubieron de reconocer pronto que en aquel hombre tenian á un Anibal español: los pretores de ambas provincias españolas sufrieron en 146 las mas vergonzosas derrotas, y solo cesaron en cierto modo los triunfos de los sublevados, cuando en 145, los romanos, libres ya de todo cuidado en Africa, Grecia y Macedonia, pudieron enviar á

España, con dos nuevas legiones, al cónsul Q. Fabio Máximo Emiliano, hermano primogénito del conquistador de Cartago, que habia entrado por adopcion en la familia de los Fabios. Fabio Máximo disciplinó con gran energia el desmoralizado ejército de España y consiguió en 144 hacer que las legiones dieran nueva prueba, en la línea del Betis medio y bajo, de su superioridad bajo el punto de vista táctico. Viriato, sin embargo, tuvo talento bastante, aprovechando hábilmente las condiciones del terreno y los sentimientos de los pueblos, para reunir sus derrotadas y dispersas huestes y esperar nuevos momentos propicios para librar grandes batallas. Pronto se le ofreció ocasion para ello.

Los romanos, siguiendo con increíble tenacidad su antigua, arraigada é insensata costumbre, relevaron en 143 á los generales que habian enviado á España. El cónsul Metelo, que tanto se habia distinguido en Macedonia, no pudo continuar la guerra contra Viriato, porque desde el año 144 los famosos hechos de armas del rey lusitano habian promovido un nuevo levantamiento contra los romanos entre muchos pueblos celtíberos, como los arevacos, los belés y los titeos. Metelo, especialmente despues de la caída de la fortaleza de Contrebia, pudo, durante los dos años de su mando, dominar en seguida este movimiento, ya que solo las plazas de Termancia y Numancia, esta última, sobre todo, seguian resistiendo tenazmente, porque no querian aceptar la condicion de la entrega de las armas. Esta conducta parecia tanto mas loca, cuanto que se consideraba que la ciudad de Numancia, protegida por su situacion, pero fortificada únicamente solo con empalizadas y fosos, solo contenia 8,000 defensores. El ejército con el cual el sucesor de Metelo, Q. Pompeyo, orador y jurisconsulto famoso, continuó en 141 la guerra contra este resto de insurrectos, era cuatro veces mas numeroso; pero el nuevo cónsul se manifestó como militar tan inepto, que durante los años 141 y 140 solo consiguió derrotas causadas por los españoles.

Entre tanto, el sucesor de Fabio Emiliano en el Sur, el pretor Quincio, se habia mostrado (143) tan débil y tan inepto, que los lusitanos pudieron invadir en masa la provincia. Su sucesor, Q. Fabio Máximo Serviliano que, como el hijo de Paulo Emilio, habia entrado por adopcion en la familia Fabia, fué continuamente derrotado, en 142, á pesar de encontrarse al frente de dos legiones nuevas y de 10 elefantes. Este se distinguió solamente por sus crueldades; y cuando, por último, logró en 141, operando en el Betis y en el Anas, penetrar victorioso en Lusitania y hacer 10,000 prisioneros, mandó decapitar á 500 de los mas notables, vender como esclavos al resto, y cortar las manos á los prófugos del territorio romano que se habian pasado al opuesto bando. Esto no obstante, Viriato que, poco despues derrotó á los romanos en el sitio de la fortaleza de Erisane, y les acorraló entre las peñas, supo firmar con Serviliano una paz, en virtud de la cual se reconocia á los lusitanos su independencia bajo la soberanía de Viriato.

El tratado fué ratificado en Roma; pero el sucesor y hermano carnal de Serviliano, el cónsul Q. Servilio Cepion, que se presentó en la España meridional en 140, encontró esta paz vergonzosa para los romanos, y poco á poco, en connivencia con el Senado, provocó de nuevo la guerra. Entonces decayó la suerte de Viriato. Cuando Cepion cruzó la comarca de los lusitanos hasta el territorio de los vetones y galáticos, evitó el prudente español la lucha con superiores fuerzas, de las cuales escapaba hábilmente, gracias á sus diestros movimientos. Pero en el año siguiente (139) su situacion fué insostenible. Durante el invierno de 140 á 139, Q. Pompeyo, no pudiendo obtener la victoria por las armas, entró en negociaciones con los defensores de Termancia y de Numancia, que tam-

bien estaban cansados de la lucha: con la primera llegóse en seguida á un completo acuerdo; pero los numantinos firmaron con Pompeyo un tratado, en virtud del cual debian someterse á los romanos, darles rehenes, entregar los prisioneros de guerra y los desertores, y pagar la suma de 30 talentos. En secreto, sin embargo, prometiéndoles el general que la sumision seria simplemente nominal, que su autonomia no seria modificada y que no se les obligaria á entregar las armas. Mas apenas se presentó en el campamento romano su sucesor, el cónsul M. Popilio Lena (á principios del año 139), Pompeyo, ya porque el nuevo cónsul no quisiera reconocer el tratado, ya porque se avergonzara su alma mezquina de presentarse en Roma con una paz poco gloriosa, negó á los numantinos, que habian cumplido lealmente sus promesas, haberles hecho ofrecimientos secretos. Mientras en Roma debia discutirse esta cuestion en el Senado, cesaron las luchas en el Duero, y Lena pudo llevar su ejército á Lusitania para auxiliar á Cepion. Frente á fuerzas tan superiores, Viriato pidió la paz á toda costa; pero cuando los romanos, con la perfidia de que habian dado pruebas en Cartago, les impusieron á él y á su pueblo, paso á paso, condiciones durísimas; cuando los españoles que se habian pasado á Viriato fueron entregados á los romanos, que mataron á algunos y cortaron las manos á otros; cuando, por último, se exigió de los insurrectos que entregaran las armas, Viriato quiso proseguir la guerra desesperadamente. Muchos de los que hasta entonces habian sido sus amigos y partidarios perdieron su confianza y le pedian nuevamente que reanudara las negociaciones con Cepion: y aun algunos, compraron de un modo infame su salvacion á los romanos, prometiendo, á cambio de ella, asesinar, como asesinaron, al noble héroe, que habia sido su jefe.

Así terminó la guerra lusitánica: cierto que el audaz Tautamo, proclamado jefe por una parte del pueblo, se presentó de nuevo ante los muros de Sagunto, pero en su retirada fué alcanzado su ejército en el Betis y de tal manera derrotado, que desde entonces toda la Lusitania hubo de someterse á los romanos. El cónsul Décimo Junio Bruto, que desde el año 138 se hizo cargo del mando de las tropas, trasladó á una parte del pueblo lusitano á la España oriental, es decir á la nueva ciudad de Valencia, dotada de una constitucion latina; atravesó toda la Lusitania hasta el Océano Atlántico, dominó en todas partes los restos de la insurreccion, y, despues de una terrible y aniquiladora batalla contra los galáticos, obligó á este pueblo, hasta entonces completamente independiente, á reconocer la supremacia romana.

XV.—NUMANCIA

Todavía, sin embargo, continuaba la guerra numantina que tanto debilitaba la gloria de Roma. El Senado habia sancionado en 139 la política inútil de Pompeyo, ordenando la prosecucion de la guerra contra la heroica ciudad. Lena nada pudo conseguir en 138 contra los numantinos, tan heroicos como con razon irritados. La disciplina de las tropas que en España tenia el Senado se hallaba bastante quebrantada, demostrándose entonces cuán debilitada habia quedado la fuerza de las legiones con la degradacion de la clase agrícola romana.

Desde la calamitosa época de la guerra de Anibal, se habian moderado extraordinariamente las condiciones que antiguamente se exigian para el servicio del ejército; pues hacia ya mucho tiempo que se hacia entrar en él á los que poseian menos de 11,000 ases. Prescindiendo de que los libres y libertos que poseian de 4,000 á 1,500 ases entraban en el servicio de la armada, el censo mínimo para los soldados de las legiones se fijó en 4,000 ases (1,725 reales), y en caso ne-

cesario se hacia entrar en la infanteria de los ciudadanos á los libres que, poseyendo de 1,500 á 375 ases (645 y 175 reales), venian obligados á servir en la escuadra. El soldado procedente de las masas de la capital no podia naturalmente tener las cualidades que adornaban á la antigua infanteria de los plebeyos, añadiéndose á esto que solo de muy mala gana iban al ejército de España; y la nobleza, que habia perdido todo su vigor, se resolvió difícilmente á amoldarse á disposiciones mas duras en este sentido. De esta suerte el ejército romano que sostenia la lucha en España, se componia de ciudadanos descontentos que combatian contra su voluntad, de libertos, de soldados latinos y algunos itálicos, llevados allí por fuerza, y de milicias y mercenarios hispanos, todos los cuales, aprovechándose de la poca energia de los generales romanos, trataban por los peores medios de endulzar la vida del campamento y la lucha con los fuertes y audaces lusitanos y celtíberos. Los campamentos romanos de España estaban poblados de mujeres disolutas, de adivinos y de mercaderes de toda clase, y los soldados se entregaban á la molicie, á la indisciplina, á la inmoralidad y á la orgia, hasta el punto de que no faltaron en aquel ejército actos completamente ajenos al carácter romano.

Cuando en el año 137 el cónsul Cayo Hostilio Mancino, hombre de excelentes dotes personales, se presentó ante los muros de Numancia, vió constantemente fracasar sus proyectos. Las tropas estaban tan desmoralizadas, que al falso rumor de una marcha de los galáticos, cántabros y vacceos, abandonaron en una oscura noche sus posiciones, y encerrados por los numantinos en un antiguo campamento, no se atrevieron á abrirse paso al través de las filas enemigas. La presencia del joven cuestor Tiberio Graco que, como hijo de Sempronio, tan estimado en España, se habia captado las simpatías de sus nobles adversarios, hizo posible que los numantinos se contentasen con un tratado que juraron el cónsul y todos los oficiales de su estado mayor, y por el cual se aseguraba á aquellos la paz y la independencia. El Senado, sin embargo, no quiso consentir tal mancha en el honor de sus armas, negándose por lo tanto á ratificar el tratado. Como en otro tiempo los samnitas de Gavió Poncio, los numantinos se vieron tratados con sin igual perfidia. Ni Graco, ni ninguno de los altos oficiales del ejército, fueron entregados á los numantinos, como habia de haber acontecido; solo se ofreció á ello el cónsul Mancino; pero los españoles, como era de suponer de su carácter caballeresco, se negaron á tenerlo prisionero.

Roma, viendo que los generales del siguiente año nada podian conseguir tampoco de la heroica cuanto pequeña ciudad, envió á España al mas grande de sus generales, Escipion Emiliano, el cual, acompañado de su hermano Fabio y de un buen ejército, tomó en 134 el supremo mando en la península ibérica. No sin grandes esfuerzos y sin apelar á una severa energia, pudo restablecer poco á poco la antigua disciplina, y dar mas aptitud al ejército, gracias á los trabajos de fortificacion, á los ejercicios y á las marchas que le obligó á hacer. Entonces se presentó por vez primera en la lucha, un joven, hijo de un labrador romano, que despues habia de llenar el mundo con su fama: era este Cayo Mario, cuya extraordinaria aptitud militar y disposicion para ser un excelente caudillo no se escaparon á la penetracion del general en jefe. Entre las tropas auxiliares mostróse como caudillo de los arqueros y elefantes númeridas el joven príncipe Yugurta, nieto del anciano Masinisa, á quien estaba, asimismo, reservado un interesante porvenir.

A fines del año 134 presentóse Emiliano con 60,000 hombres delante de Numancia y comenzó, como se habia hecho en otro tiempo con Cartago, por cercar la ciudad, rodeán

dola de una verdadera cadena de fortificaciones y atacándola de un modo desesperado por hambre. Cuando, por último, se agotaron las fuerzas de los heroicos españoles, muchos de los cuales se dieron la muerte, rindióse sin lucha el resto de la población, en el otoño del año 133, despues de un sitio de muchos meses: solo pudieron ser elegidos 50 ciudadanos para adornar la entrada triunfal del vencedor. Los demás fueron vendidos como esclavos: la ciudad fué

destruida y su territorio asignado á las ciudades vecinas. Con esto quedó sometida á los romanos toda la España, á excepcion de los pueblos astures y cántabros que habitaban en las montañosas comarcas de las costas septentrionales. La antigua fuerza de la república, despues de una larga época vergonzosa, habia renacido; pero entre tanto estallaba en la capital la revolucion que desde tan largo tiempo amenazara á Roma.

## LIBRO TERCERO

LA REVOLUCION.—LA GUERRA CIVIL.—EL CESARISMO

### PRIMERA PARTE

Desde Tiberio Graco hasta la muerte de Sila

### CAPÍTULO PRIMERO

REVOLUCION DE LOS GRACOS

I. Tiberio Graco: su muerte.—II. Realizacion de las reformas agrarias.—III. Sublevación de Aristonico en Africa.—IV. Situacion de Escipion Emiliano: su muerte.—V. Guerra de los celtas. Gallia narbonense.—VI. Caída de Fregelle.—VII. Cayo Graco: su muerte.

#### I.—TIBERIO GRACO: SU MUERTE

Uno de los descendientes del conquistador de Numancia habia tenido la temeridad de dedicarse con toda su energía y tenacidad, á curar los males sociales de que adolecia el Estado romano. No solo la familia de Paulo Emilio habia entablado desde hacia muchos años relaciones íntimas de parentesco con la noble raza del vencedor de Zama, sino que tambien uno de los mas excelentes hombres de Estado pertenecientes al partido democrático de la primera mitad del siglo segundo antes de Jesucristo, el renombrado Tiberio Sempronio Graco, el romano mas popular en España despues de Caton, habia intimado personal y políticamente con los orgullosos Cornelios, desde que, siendo tribuno de la plebe, en tiempo de los procesos de Escipion, se habia conquistado la consideracion de esta ilustre familia, por la caballerosidad con que entonces, aun siendo su adversario, supo impedir que se degradara su nombre. Veinte años despues de la muerte del vencedor de Zama, estrechó todavia mas sus relaciones con los Cornelios, cuando obtuvo la mano de la hermosa y excelente Cornelia, hija del gran Publio. En el año 163 se celebró este matrimonio, del cual nacieron los jóvenes, cuya aparicion habia de ser tan peligrosa para el porvenir del romanismo. Esta union fué sumamente feliz, aun cuando Cornelia, que solo contaba veinte años de edad, era mucho mas jóven que su grave y valioso marido. El primer hijo que salió de esta union, tan fecunda en prole, llamado como su padre, Tiberio, nació en el año 162, y nueve años despues (en 153) dió á luz Cornelia á Cayo, que con el tiempo habia de ser el vengador de su infeliz hermano. Muerto en 151 Graco, el padre, Cornelia, retirada en la antigua casa que los Gracos tenian en el Palatino, é inspirándose en los mismos sentimientos que animaban á su difunto esposo, emprendió la noble tarea de hacer de sus hijos unos excelentes romanos. Esta mujer, hasta la aparicion de la brillante Octavia, la hermosa hermana mayor de Augusto, sirvió, por sus escepcionales dotes, de modelo á todas sus compatriotas. La coleccion de sus cartas, primera creacion literaria de una dama romana, adquirió despues merecida fama por la pureza de lenguaje y

por la elevacion de sentimientos que en ellas se descubria. Familiarizada con los mejores métodos de educacion; en trato con instruidos helenos; romana de tranquila energía, grave carácter é irreprochable conducta, dirigia la vida moral y la educacion intelectual de sus hijos, de los cuales, además de la niña Sempronía, solo le habian quedado los dos hermanos, que fueron especial objeto de su amor. Además, su sobrino adoptivo, el gran Escipion Emiliano, que, probablemente en 146, se casó con Sempronía, parecia deber ser su defensor poderoso. Pero esta union entre una muchacha demasiado jóven y sin atractivos y Emiliano, que contaba 38 años, efectuada sin amor y de la cual no resultó hijo alguno, fué en extremo desgraciada.

Tiberio, el orgullo de su madre, que se distinguia entre la licenciosa juventud noble de aquel tiempo por su pureza de costumbres, como se habia distinguido antes Emiliano, educado perfectamente por profesores griegos, algunos de los cuales fueron despues su mas adictos partidarios políticos, habia hecho su educacion militar al lado de su cuñado y de los amigos de éste. La primera vez que se dió á conocer como militar fué en el sitio de Cartago, el año 147: entónces no solo se hizo popular entre los soldados, sino que los mismos hombres de Estado de Roma, que reconocian en el sencillo, formal, modesto y amable jóven los rasgos de las dos familias á que pertenecia por su nacimiento, esperaban mucho de este gran Sempronio cuando llegase á la edad de hombre. El poderoso consular Apio Claudio Pulquer, que habia roto con la mayoría de la nobleza, afiliándose al partido democrático, le casó en 141 con su hija Claudia. Ya hemos visto como Tiberio desempeñó en 137, en España, á las órdenes de Mancino, el cargo de cuestor, y como faltó Roma al tratado que los numantinos firmaron, por respeto á él, con el cónsul. Esta circunstancia y la indignacion contra Emiliano, que no habia querido reconocer el tratado firmado en Numancia, fueron causa de que Tiberio comenzase á sentir cierta interior antipatia contra aquél y de que se inclinase cada vez mas al partido popular, dando oídos á las excitaciones que le inducian á presentarse audazmente como el reformador del Estado romano. Mas que el resentimiento contra